

REVISTA DE  
JUAN  
DE  
MADRID



ATENEU DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

NÚM. 46

JOSEFINA HUGUET

*Fot. L. Ricci (Milán).*



## GRACIA Y JUSTICIA

Si Juan fué ó no culpable de aquel crimen que aún recordamos todos con espanto, averígüelo aquel que tenga empeño, porque á mí no me toca averiguarlo. Criminal ó inocente, por que eso todavía no está en claro, lo sucedido fué que una sentencia le condenó á morir en un cadalso.

Cuando ya estaba Juan en la capilla y á punto de expirar el fatal plazo; cuando ya se acercaba del drama aquél el desenlace trágico, y estaba el infeliz en tal instante como puede cualquiera hacerse cargo, oyendo exhortaciones y consejos ya dichos en latín, ya en castellano, que suelen tener mucho de crueles, sin que dejen por eso de ser santos, sintióse acometido por un vértigo y cayó como herido por un rayo; imprevisto accidente que llenó de pesar á más de cuatro.

El reo se moría y hubo que suspender el *espectáculo*, y esto fué punto menos que una estafa, en opinión de varios de esos que van á misa los domingos y no pierden novena ni trisagio.

Al saber la noticia del suceso que circuló veloz como un relámpago, aquellos más famosos en la ciencia de Hipócrates, Galeno y Esculapio, acudieron solícitos á prodigar al reo sus cuidados. Hubo consultas á docenas, hubo las discusiones propias de estos casos; hubo diversidad de pareceres, cosa que es muy frecuente entre los sabios. Cada cual allí expuso su criterio, hiciéronse infinitos comentarios, se derrochó la ciencia á manos llenas, ¡y el pobre reo se moría en tanto! Al fin, puestos de acuerdo los doctores, á fuerza de cantáridas y cánticos, sinapismos, ventosas y sangrías que dejaron á Juan hecho un San Lázaro, tras titánica lucha con la muerte, lograron por fin verle sano y salvo; y, conseguido esto..., ¡el verdugo cumplió el terrible fallo!

MANUEL SORIANO

## UN MODELO BARATO

Viendo que casi todas las señoritas,  
igualmente las feas que las bonitas,  
son hoy aficionadas á los pinceles  
y siguen el sendero del gran Apeles,  
decídome, tras largas cavilaciones,  
á hacer á las pintoras proposiciones,  
brindándome *ad honorem* para modelo,  
no sin temer que alguna me tome el pelo.  
Mis rasgos personales son los siguientes:  
Tengo los ojos negros, blancos los dientes,  
la nariz algo roma, grandes las cejas,  
un tanto creciditas las dos orejas,  
delicadas las manos y el talle esbelto,  
y es mi porte elegante, franco y resuelto.  
Son finos y graciosos mis ademanes,  
y adopto posiciones en los divanes  
llenas de una atrayente desenvoltura;  
sólo tengo un defecto, y es la estatura,  
que sin ser muy pequeña tampoco es alta,  
lo que me contraría; pero esa falta  
se remedia de un modo lo más sencillo,  
colocándome encima de algún banquillo.  
Cito sólo mis rasgos más importantes,  
pues algunos, no menos interesantes,  
por pudor y modestia no los menciono  
y porque pensarían que me doy tono.  
Ahora bien, aquí siguen las condiciones:  
Prometo, en el transcurso de las sesiones,  
estar con el debido recogimiento,  
ser siempre con la artista cortés y atento,  
fumar únicamente seis cigarrillos,  
guardando las colillas en los bolsillos,  
pues tal vez me juzgara poco aseado  
si viera que las tiro por cualquier lado.  
Otro sí: De igual modo, prometo y juro  
no fumarme ni un sólo cigarro puro,  
á menos que ella misma me lo obsequiara,  
porque estaría feo que lo rehusara.  
Tales son las humildes proposiciones  
que, después de maduras cavilaciones,  
á todas las pintoras hago extensivas;  
y si las encontraren un poco altivas,  
haré con mucho gusto, más sacrificios;  
y á la que se valiere de mis servicios,  
no obstante ser mi oferta ya ventajosa,  
ofrezco regalarla cualquiera cosa.

VICENTE NICOLAU ROIG

*Buenos Aires.*

Orla de GASPAR CAMPS.

## INOCENCIA PELIGROSA

Es un cuento ó una historia lo que vamos á relatar? El lector juzgará, y es casi seguro que después de leerlo, más lo creerá historia que cuento.

El maestro Antonino Zamora, era un inspirado compositor, y un pianista de mérito extraordinario. Esto como artista.

Como hombre, tenía lo que se llama una buena figura; era alto, esbelto; tez sonrosada; ojos negros; un gran bigote rubio, y una boca esmeradamente cuidada, una boca fresca y perfumada, de mujer, en fin. Reunía á su inspiración como músico, y á su gallardía como hombre, una brillante educación. Su edad no pasaba de los treinta años.

Se había puesto de moda, y ya



se sabe lo que esto significa.

Era el pianista de la vieja nobleza de los pergaminos, y de la nueva aristocracia de los billetes de Banco. Se hacía pagar muy caro y sólo daba lecciones por compromiso, en casas de grandes señores ó de ricos banqueros. Entre sus discípulas predilectas, contaba una preciosa niña, hija de uno de los reyes de la bolsa.

Julia, que así se llamaba, podría tener ocho años y era bellísima, con esa belleza picaresca en que parecen mezclarse el ángel y el diablo.

¿Existe esta clase de belleza?

Nosotros no diremos que sí, ni que no. Retratamos á Julia y nada más.

La mamá de esta niña era una de las mujeres más hermosas de Madrid, y, como dice el adagio, *de tal palo tal astilla*.

Su padre, por el contrario, era feo y algo contrahecho.

¿Cómo se habían unido una mujer tan encantadora y un hombre tan poco agradable? Quizá, porque ella era pobre, y él rico.

Zamora era muy estimado en la casa. La señora, cantaba con él al piano dúos de amor, que hacían dormitar al banquero, falta gravísima en que ningún marido, medianamente versado en achaques femeniles, debe jamás incurrir.

Muchos días comía Zamora en la casa, y por las noches ocupaba un lugar preferente en el palco que el banquero tenía en el Real. En el teatro seguía cultivando el *bel-canto*, y haciendo observar á la hermosa señora del opulento rey de la bolsa, las innumerables bellezas que encierran los amorosos dúos de las tiples... y los tenores. El infortunado Manrique de *El Trovador*, el valiente Raúl de *Los Hugonotes*, el simpático Fernando de *La Favorita*, todos tenían para Zamora, algo digno de admiración.

La música es una de las bellas artes que más esclaviza el ánimo, conmoviendo profundamente el pensamiento y el corazón, sobre todo de las mujeres, que han nacido para amar, y que no son, en su mayoría, sino un conjunto de nervios, un manojito de cuerdas que, como las del arpa de que habló el malogrado Becquer, sólo aguardan la mano bienhechora que ha de pulsarlas. Una tarde, el banquero acabó sus tareas antes que de costumbre, y se presentó en el lindo salón donde Julia daba su lección de piano.

El maestro había terminado ya su cometido y se había ausentado.



Julia permanecía sola en el taburete, haciendo sonar las teclas con sus pequeños y rosados dedos, jugando como una gatita con el atril y los papeles de música que revolvía sin cesar. El amante padre, que tenía pasión por ella, su hija única, la levantó del taburete y sentándola sobre sus rodillas la preguntó si había sabido su lección.

—¿Ha quedado satisfecho tu maestro?

—Muchísimo,—contestó Julia, acariciando el rostro de su padre.

—A propósito, ¿y Zamora?

—Se marchó hace rato.

—¿Cómo tan pronto?

—Porque dijo que tenía mucho que hacer.

—Eso es otra cosa; la obligación antes que todo. ¿Y tu madre?

—En su gabinete. Estuvo aquí oyendo la lección y luego se retiró.

—Muy bien.

—Dime papá... ¿Tú quieres mucho á Zamora?

—¿Quién lo duda! ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque yo también le quiero mucho. Y mamá también.

—¿También?—preguntó el rey de la bolsa con un tono de voz singular.

—Ya lo creo... como que siempre que se marcha no deja de besarle.

—¿Qué dices, niña?

—La verdad, papáito. Dice que es tan guapo y tan cariñoso... ¿No te parece á ti lo mismo?

—¡Pues ya lo creo!

El banquero se mordió los labios y frunció el ceño, pero comprendiendo que en ciertos casos nada hay mejor que una aparente ignorancia, mostróse contento y alegre, como si nada hubiese oído.

A la mañana siguiente recibía el gallardo maestro Antonino Zamora, un billete de mil pesetas por sus honorarios de aquel mes, y una súplica para que no volviera á poner los pies en aquella casa, en la que todos le querían tanto, especialmente la señora.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

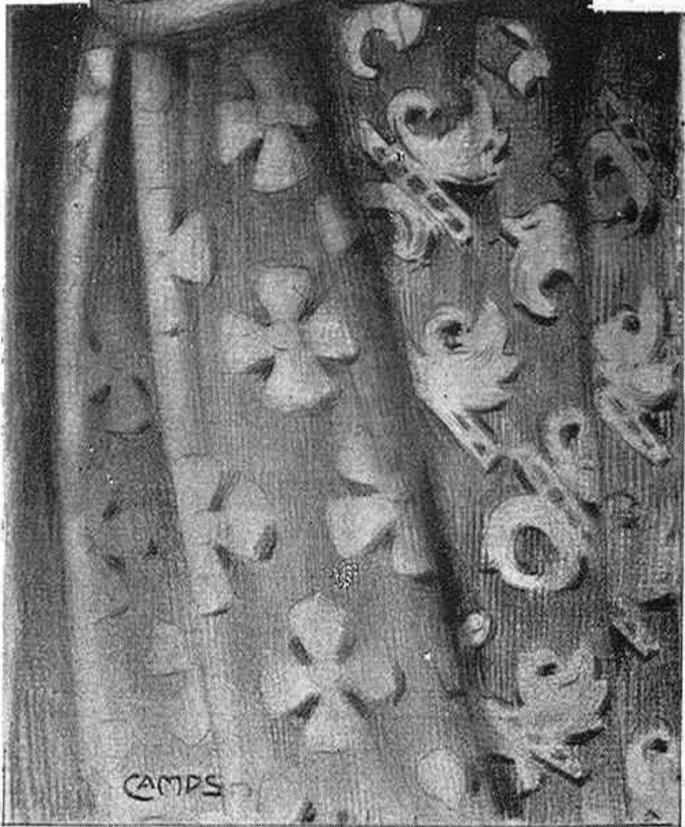


## MI DUEÑA

Es la que adoro gentil morena  
de ojos rasgados que irradian fuego,  
su dulce frase calma mi pena,  
su voz semeja líbico ruego.  
Soy todo suyo y es toda mía.  
Lo que ella adora, ciego ambiciono.  
Ama los versos y la poesía:  
¡ah, si pudiera formarle un trono!  
Nadie es más digna de una diadema.  
Nadie es más digna de una corona.  
Es de mi vida tierno poema  
que la ternura feliz blasona.  
Cuando me hieren crueles rigores  
y la miseria mi frente abate,  
con el cariño de sus amores  
me fortalece para el combate.  
Y cuando advierte que mi mirada  
ostenta el brillo de la alegría,  
viene á mis brazos entusiasmada  
y sus palabras son ambrosía.

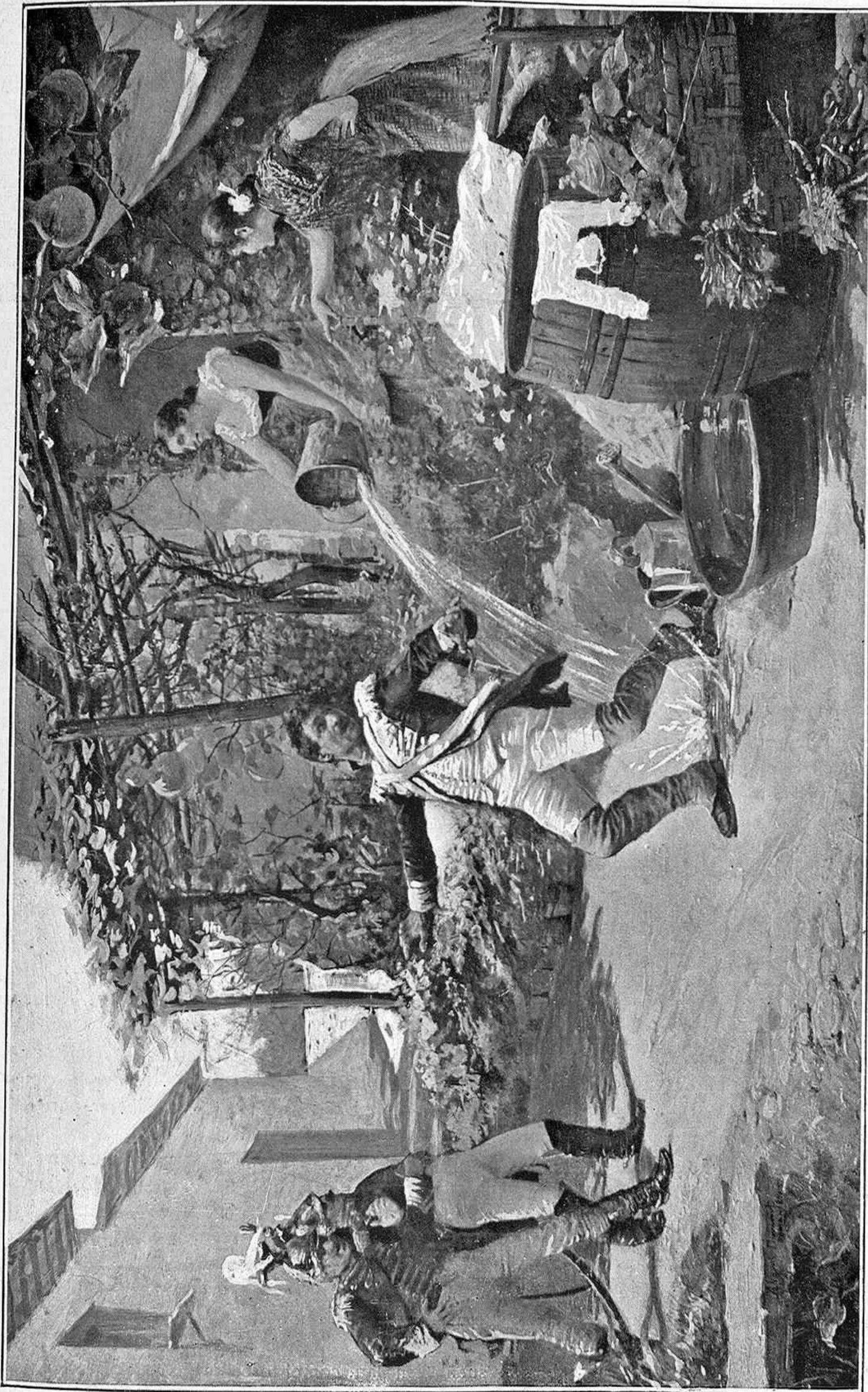
Feliz alegre mi pobre choza  
con la ternura de su embeleso,  
ama mis cantos y, generosa,  
en cada rima me deja un beso.  
Cuando mi frente ve oscurecida  
por la tristeza de cruel congoja,  
viene á mis brazos estremecida  
y el hondo tedio de mí despoja.  
Es sensitiva que se adormece  
al fuego ardiente de mi ternura,  
limbo radiante que el aura mece  
cuando en las selvas rauda murmura.  
Por ella lucho, por ella ansío  
gozar los triunfos de gaya ciencia;  
es mi esperanza y es mi albedrío,  
la voz celeste de mi conciencia.  
Feliz alegre mi pobre nido,  
de augusto templo somos los fieles,  
y en la ternura que nos ha unido  
está el secreto de mis laureles.

Luis MARTINEZ MARCOS  
*Santa Fe (Republica Argentina).*

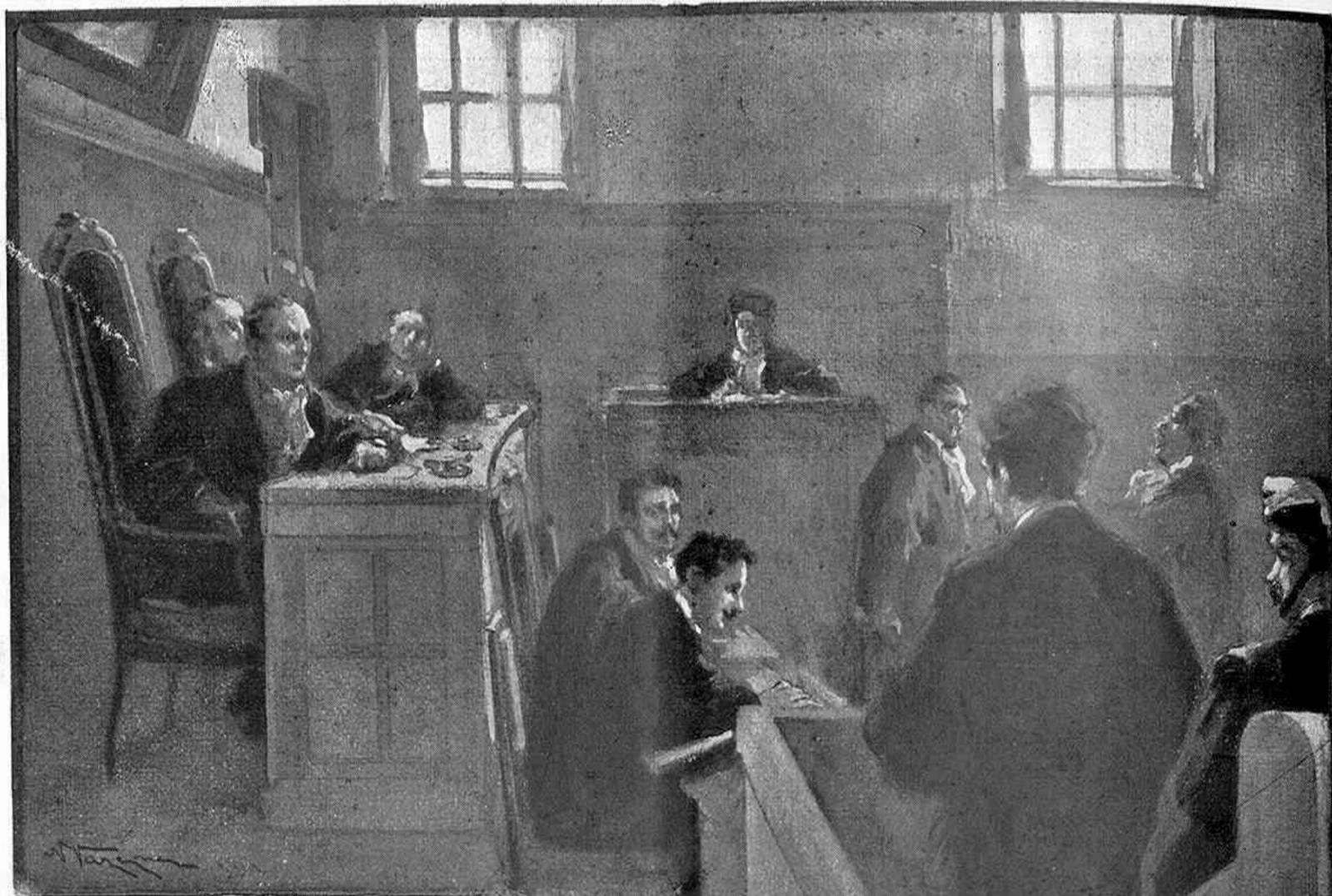


Dibujo de GASPARD CAMPS.

CÉSAR ALVAREZ DUMONT



UNA DUCHA Á TIEMPO.



## LA VENGANZA

**A**NTE vosotros que juzgáis según conciencia, quiero explicarme. Durante toda la instrucción del proceso no he querido pronunciar ni una palabra para exculparme. No he negado nada; nada he declarado. Ahora puedo hablar.

He dejado que mi defensor de oficio me tratara de loco. El buen señor ha hecho bien. El fiscal me ha tratado de criminal. No soy ni criminal ni loco.

Sí, maté á mi hermano; le maté para salvarle del suplicio horrendo que padecía. No cometí una acción reprobable; cumplí una buena acción al matarle. Si pudiera venir aquí, si pudiera declarar ante vosotros, no sería testigo de cargo, sino de descargo. Me daría las gracias ante vosotros.

Hace veinte años era él tutor mío y jugóse parte de mi fortuna á la bolsa. Perdió él también parte de la suya. Entonces una mujer joven, lujuriosa y rica se enamoró y se casó con él. Vivió en la opulencia. Yo me casé á mi vez y al poco tiempo, aun cuando tenía condiciones y deseos de trabajar, por más que me sentía con fuerzas para cualquier empresa, quedé arruinado, sumido en la miseria.

Un día vi enfermar á mi mujer, á la mujer que amaba; la vi postrada en la cama por una de esas enfermedades que no perdonan, y no pude cuidarla como hubiese querido, como debía. Llamé á mi hermano en mi auxilio, y su mujer, que era fea y grosera, indignada quizá de que la mía fuera bonita y cariñosa, no permitió que mi hermano me restituyera lo que me debía. Y vi cómo el alma de mi alma agonizaba lentamente, cómo se consumían poco á poco sus fuerzas, cómo iba perdiendo juventud y salud y belleza, y Juan no se apiadó de mí. Y un día murió y poco después mi hija, también enferma, no pudo ser cuidada como debía, como necesitaba. De nuevo acudí á mi hermano y de nuevo rechazó.

¡Ah! Las noches, los días interminables sin sueño, sin pan, con el torcedor de la conciencia; ¡ah! las miradas despreciativas que os lanzan gentes que valen mucho menos que vosotros; el amigo que os niega

el dinero para alimentarnos; el que os lo da con una mirada que más valiera cegar antes que verla; las patronas que os echan porque no pagáis puntualmente; las gentes que se insolentan porque os ven pobre; los amos que os hacen trabajar como un esclavo porque tenéis necesidad de su dinero; los trajes raídos, las botas sin suela, los sombreros llenos de grasa, el frío en invierno, las noches pasadas al raso en el seno de una ciudad de piedra habitada por hombres que tienen de piedra las entrañas; la falta de todo cariño, de toda afección; las fuerzas que se pierden poco á poco; la inquietud que turba el sueño; la demencia que os acecha; la desesperación que se apodera del más fuerte cuando ha de luchar sin tregua ni descanso; la impotencia de vengarse de una vez de todo y de todos!

Todo eso he conocido yo, todo eso he padecido durante tres mortales años. Y jamás mi hermano acudió en mi auxilio, jamás recordó que una misma madre nos había amamantado, que un mismo techo cobijó nuestros cuerpos, que un mismo suelo fué testigo de nuestros primeros juegos y que unas mismas paredes nos oyeron balbucear las primeras palabras.

Un día marché de mi patria. Fui á América y allí, durante cinco años, trabajando sin descanso, tratando á los demás como á mí me trataron, reuní una fortuna cuantiosa. Y volví á esta tierra, á mi tierra, y devolví insulto por insulto, desprecio por desprecio. Sólo temía que mi hermano, mayor que yo de quince años, hubiese muerto. Con cuánta satisfacción supe que aún vivía; que aún vivía su fea, su grosera mujer.

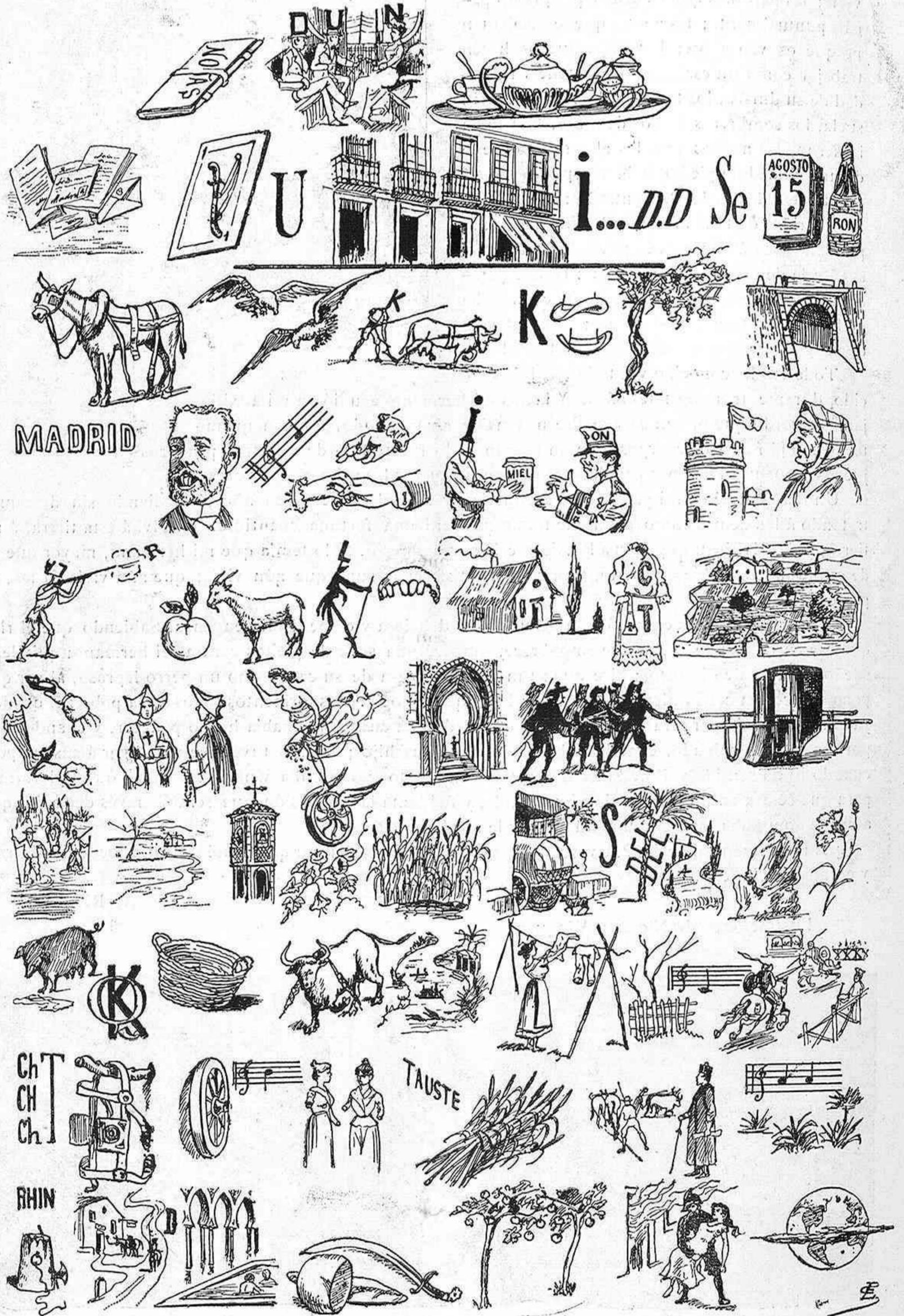
Entonces, entonces empezó para mí una vida deliciosa y empezó mi venganza. Sabiendo que el rico que cae en manos de la curia se empobrece, empecé una serie de pleitos contra mi hermano; quitéle el sueño á fuerza de disgustos; hice que su mujer le arrojara de su casa como un perro leproso, al ver que poco á poco iba consumiendo su fortuna; logré que conociera los tormentos todos de la pobreza, cuando ya era harto viejo para trabajar; conseguí que padeciera cuanto me había hecho padecer, y cuando le vi por completo arruinado, cuando hubieron muerto sus hijos; cuando tuvo que mendigar á sus amigos; cuando hubo sentido y llorado el desprecio ajeno, entonces un día vino á mi casa para implorarme, para que cesara en mi persecución implacable, y fué tanta la compasión que sentí á través del odio, que aún me dominaba, que empuñé un arma y le maté.

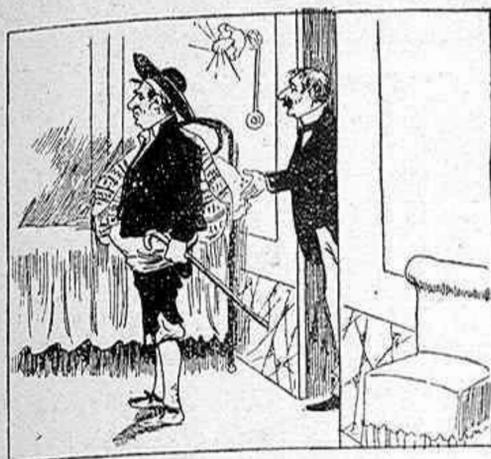
¿Es un crimen mi acción? A vosotros toca decirlo. Ya sabéis por qué maté sin estar loco, siendo rico y en apariencia feliz.

A. RIERA

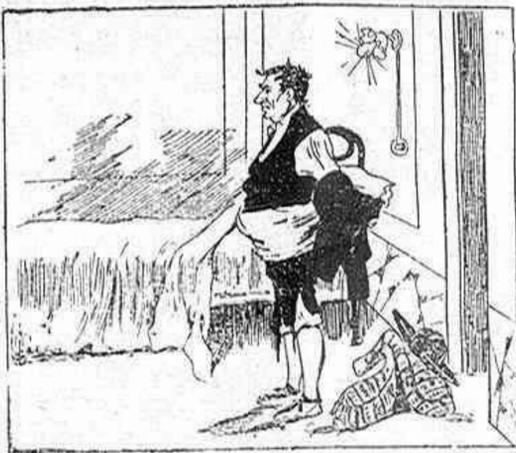
Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.



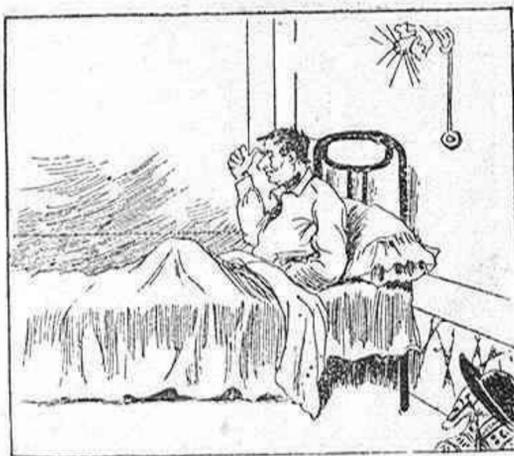




1.—Aquí tiene usted su gabinete. Que usted descanse.  
—Muchas gracias; igualmente.



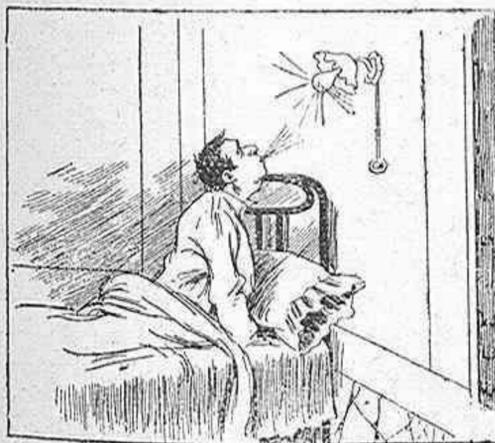
2.—Y qué á gusto voy á coger la cama. Es decir, si no hay bichos.



3.—Por la señal.....



PALACIO DEL GOBIERNO DE CULIACÁN (Méjico).



4.—Mia que me voy á volver tísico de tanto soplar: y apagala... ¡que si quieres!



5.—¿Cómo, rediós, se apagará esta linternica?



6.—¡Vaya, vaya! ¡Qué tanta solfal! A la mañanica me lo dirán.



**HARPER'S**  
**MAGAZINE**

*Containing  
Besides Other  
Important  
Features*

**DU MAURIER'S  
NEW SERIAL  
THE  
MARTIAN**

FRED HYLAND

SERIE I.<sup>a</sup>

Cartel anunciador del Harper's. — Londres.

Núm. 46